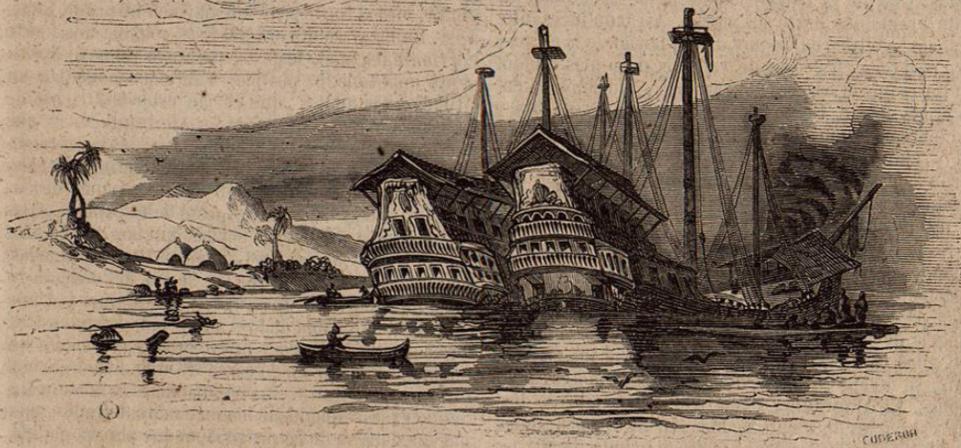


pero todos los esfuerzos fueron impotentes. Los vientos y corrientes continuaban adversos; el agua se iba apoderando mas y mas de los buques, aunque ni un instante dejaban las bombas de trabajar. Entonces desesperado ya el Almirante, viró hacia la isla de Jamaica, en busca de algun puerto seguro. La vispera de San Juan, en 23 de junio, entró en Puerto-Bueno, hoy llamado Dry-Harbour (Puerto Seco); pero no vió indio alguno de quien obtener provisiones, ni habia agua dulce en los contornos. Acosados todos de sed y hambre, salieron hacia el Oriente al otro dia á otro puerto, á que llamó el Almirante de Santa Gloria, conocido actualmente por el de La Caleta de Don Cristóbal. (Don Christopher's Cove.)

Aquí tuvo al fin que abandonar Colon su lucha contra los elementos. Sus buques no podian ya mantenerse en el mar y hasta en el puerto se hundian.



LIBRO XVI.

CAPITULO PRIMERO.

NEGOCIACION DE DIEGO MENDEZ CON LOS CACIQUES PARA EL ABASTO DE PROVISIONES.—SU VIAJE A SANTO DOMINGO DE ORDEN DE COLON PARA PEDIR SOCORRO.

(1503.)

La isla de Jamaica era muy populosa y fértil; la Caleta no tardó en llenarse de indios con provisiones para negociarlas con los españoles. Para prevenir disputas en la compra ó reparticion de los víveres, se nombraron dos personas que interviniesen en todos los ajustes, y los comestibles así obtenidos se repartian todas las tardes á la gente. Este arreglo promovió un comercio amistoso. Pero los auxilios que podian prestar los indios no eran bastantes para las necesidades de los españoles. Temian ademas que pronto se acabarían las provisiones en los contornos, y quedarían reducidos á la última miseria. En estas críticas circunstancias Diego Mendez, con su acostumbrado celo, se ofreció voluntariamente á ir con tres hombres á forragear por la isla. Aceptó el Almirante con alegría su propuesta, y salió Mendez con tres compañeros bien armados. Por todas partes le recibieron los indios con la mayor bondad. Le llevaban á sus ca-

Mandó, pues, que os encallaran á un tiro de ballesta de la orilla, atándolos juntos el uno al lado del otro. Pronto se llenaron de agua hasta las cubiertas. Entonces se construyeron camarotes en las popas y proas para vivienda de las tripulaciones, poniendo el todo en el mejor estado posible de defensa. Encastillado así en el mar, creyó Colon que podría repeler cualquiera ataque repentino de los naturales, y al mismo tiempo impedir que su gente vagase por los alrededores, entregándose á los acostumbrados excesos. A nadie se permitía ir á tierra sin permiso especial, y se tomaron las mayores precauciones para impedir que se ofendiese á los indios, pues su exasperacion podia ser fatal á los españoles en su crítico estado. Un ascua encendida que se arrojase á su débil ciudadela, la envolvería en llamas, y los dejaría sin defensa entre millares de enemigos.

sas, les daban de comer y beber á él y sus compañeros, y llenaban todos los ritos de salvaje hospitalidad. Mendez celebró un pacto con el cacique de una tribu numerosa para que cazasen y pescasen sus súbditos, é hiciesen pan de casaba, llevando diariamente una cantidad de estas y otras provisiones al puerto. Debían recibir en cambio cuchillos, peines, cuentas, anzuelos, cascabeles y otros efectos, de un español que residiría con aquel objeto entre ellos. Hecho el ajuste, despachó Mendez á uno de sus camaradas para que se lo comunicase al Almirante. Siguió luego su camino, y tres leguas mas allá hizo un trato semejante con otro cacique y despachó el segundo compañero con las nuevas. Mas adelante, á unas trece leguas de los buques, llegó á la residencia de un cacique llamado Huarco, que le recibió generosamente. Mandó á sus súbditos que trajesen una grande cantidad de provisiones, por las cuales pagó Mendez en el acto mismo, é hizo ajuste para que le mandasen otra provision como aquella á ciertos intervalos. Envio al tercer compañero con aquellos víveres al Almirante, pidiéndole también que pusiese allí un agente para recibir y pagar las provisiones en lo sucesivo.

Se habia ya Mendez quedado solo, ávido siempre de empresas aventuradas. Pidió al cacique dos indios que le acompañaran hasta el fin de la isla, uno para conducir sus provisiones, y otro su hamaca ó lecho

de algodón. Concebidos estos, se adelantó intrépidamente por la costa, hasta llegar á la extremidad oriental de Jamaica. Mandaba allí un poderoso cacique llamado Ameiro. Mendez poseía un ánimo alegre, mucha sagacidad, y modales muy agradables para con los indios. Pronto se hicieron grandes amigos él y el cacique, cambiaron nombres en señal de fraternidad, y Mendez le persuadió á mandar provisiones á los buques. También le compró á este cacique una excelente canoa, por la que le dió una palangana magnífica de azófar una especie de sotanilla ó casacote corto y una de las dos camisas de que constaba su lencería. El cacique le dió ademas seis indios que remasen en su barca, y ambos se separaron mutuamente satisfechos. Diego Mendez volvió costeando y tocando á los varios puntos donde habia hecho sus contratos. Halló ya en ellos á los agentes españoles, llenó de provisiones su canoa y volvió triunfante al puerto, donde le recibieron con aclamaciones sus compañeros, y con brazos abiertos el Almirante. Las provisiones que traian fueron oportunísimas, por hallarse ya padeciendo hambre material los españoles; y en lo sucesivo llegaban todos los dias indios bien cargados de ellas, de los mercados que habia establecido.

Estando ya satisfechas las inmediatas necesidades de su gente, ideó medios Colon para salir de la isla. No era posible reparar ya los buques, ni habia esperanza de que le socorriese buque alguno en las playas de una isla salvaje y de una mar no surcada. Lo mas racional parecia dar noticia de su situacion á Ovando, el gobernador de Santo Domingo, pidiéndole despachase un buque á su socorro. ¿Pero cómo iria este mensaje? La distancia entre Jamaica y Española era de cuarenta leguas, por en medio de un golfo agitado por contrarias corrientes, que solo podian atravesarla las ligeras canoas de los salvajes; ¿y quién emprenderia tan arriesgado viaje en una frágil barca de esta especie? La idea de Diego Mendez, y de la canoa recién comprada, asaltó repentinamente la memoria de Colon. Conocia el ardor y la intrepidez de Mendez, por lo que llamándolo aparte le habló de un modo capaz de estimular su celo. El mismo Mendez describe sin artificio alguno esta conversacion característica.

«Diego Mendez, hijo mio, dijo el venerable Almirante, ninguno de los que aquí están conoce el grande peligro de nuestra situacion, salvo nosotros dos. Somos pocos en número, y muchos los salvajes indios, y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. A la menor provocacion pueden arrojar fuego desde la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes, cubiertos de paja. El trato que con ellos, habeis hecho para las provisiones, y que ahora cumplen alegres, pueden romperlo mañana por capricho, y rehusar traernos mas víveres, ni tenemos medios para obligarlos á ello por fuerza, sino que estamos enteramente á merced suya. Yo tengo pensado un remedio, si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado puede alguno pasar á Española, y procurar un bajel, con el cual nos libramos de este grande peligro en que hemos caido. Decidme vuestra opinion en este asunto.»

«A esto, dice Diego Mendez, yo contesté Señor, el peligro en que estamos puestos, yo bien lo conozco, es mucho mayor de lo que puede imaginarse. En cuanto á pasar de esta isla á la Española en bajel tan pequeño como una canoa, yo lo considero no solo difícil, sino imposible; pues es necesario atravesar un golfo de cuarenta leguas, y entre islas en que es el mar en extremo impetuoso, y rara vez está sosegado. Yo no sé quién querría aventurarse á tan extremo peligro.»

No replicó Colon; pero en sus miradas adivinó Mendez que él era la persona en quien tenia puesta el

Almirante su confianza; «por lo cual continúa, yo añadí: Señor, yo he puesto muchas veces mi vida en peligro de muerte por salvar á V. E. y á todos los que aquí están, y Dios me ha, hasta ahora, preservado de milagroso modo. Hay, empero, murmuradores que dicen que V. E. me confia á mí todas las comisiones donde el honor puede ganarse, mientras hay otros en nuestra compañía que pudieran ejecutarlas tan bien como yo. Por lo tanto, yo pido que V. E. llame á toda la gente, y les proponga la empresa, para ver si entre ellos hay alguno capaz de acometerla, lo cual yo dudo. Si ninguno se atreve, yo me adelantaré, y arriesgaré mi vida en vuestro servicio, como muchas veces he hecho.»

El Almirante condescendió gustoso, pues jamas se vió el simple ogoismo acompañado de mas generosa y firme lealtad. A la otra mañana se reunieron los españoles, y se hizo la proposicion en público. Todos se arredaban tan solo al pensar en ella, calificándola de colmo de la temeridad. Entonces se adelantó Diego Mendez. «Señor, dijo, yo no tengo mas que una vida que perder, pero la arriesgo contento por el servicio de V. E., y por el bien de todos los que están aquí presentes, y confié en el amparo de Dios, que en otras muchas ocasiones he experimentado.»



Colon abrazó al bravo Mendez, que desde luego se aprestó para el viaje. Sacando á tierra la canoa, le

puso una quilla postiza, le clavó tablas por la popa y la proa, para que no entrasen las olas en ella, le dió una mano de brea, le acomodó un mástil y una vela, y la proveyó de víveres para él, un compañero español y seis indios.

Colon, entre tanto, escribió á Ovando pidiéndole le enviara inmediatamente un buque que le llevase á él y su gente á Española. También dirigió otra carta á los soberanos: porque despues de concluir la misión de Santo Domingo, debía Diego Mendez pasar á España para negocios del Almirante. En ella pintaba Colon á los soberanos la situación deplorable en que se veía, y les suplicaba mandasen un buque á Española para conducirlo á él y su gente. Describía sucintamente el último viaje, cuyos pormenores quedan ya referidos en esta historia, y daba mucha importancia al descubrimiento de Veragua. Manifestaba la opinión de que allí se hallaban las minas del Aurea Quesonoso, de donde Salomon habia sacado tantas riquezas para la edificación del templo. Les pide encarecidamente que no se abandone á aventureros aquella dorada costa, como otros lugares que él habia descubierto, ni se ponga bajo el gobierno de hombres que ningun interés verdadero tienen en la buena causa. «Este no es un niño, añade, que debe abandonarse á una madrastra. Yo nunca pienso, sin verter lágrimas, en Española y en Faria. Su mal es desesperado, y ya no tiene remedio; espero que por aquel ejemplo se tratará esta region de diferente modo.» Su imaginación se inflama con estos recuerdos. Exalta la importancia de Veragua, como superior á la de todos sus demas descubrimientos, y rescita su proyecto favorito de rescatar el Santo Sepulcro. «Jerusalen, dice, y Sion deben ser reedificadas por mano de un cristiano. ¿Quién será este? Dios, por boca del Profeta, lo declara en el décimo cuarto Salmo. El abad Joaquin dice que debe salir



El Coco, árbol originario de América.

de España. Sus pensamientos volvian luego á la antigua historia del gran Khan, que habia pedido le enviasen sábios para instruirlo en la fé cristiana. Co-

lon, imaginando que habia estado en las mismas intermediaciones de Cathay, exclamó con repentino celo: «¿Quién se ofrecerá para esta obra? Si nuestro Señor me permite volver á España, yo me comprometo á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios quiere.»

Nada caracteriza mas á Colon que estas sencillas y á veces incoherentes cartas. ¿Qué prueba de noble entusiasmo, y de irresistible inclinación á las grandes empresas se revela en ellas! Cuando se entregaba á tan dulces ilusiones, y se proponia dar cima á nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvaje. No puede darse mas pronunciada pintura de su situación que la que sigue á esta pasajera llama de entusiasmo, cuando en una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, para mirar la actualidad cara á cara.

«Hasta ahora, dice, he llorado por otros: ¡ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra! Estoy en mis negocios temporales sin un maraví que dar, naufrago, arrojado á las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada dia será el último de mi vida, y rodeado de crueles salvajes. En mis negocios espirituales, separado de los Santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo. ¡Llore por mí quien quiera que tenga caridad, verdad y justicia! No vine á este viaje á ganar honor ni estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas. Vine á servir á vuestras majestades con sana intención y honesto celo, y no estoy hablando falsedades. Si pluguiere á Dios sacarme de aquí, humildemente pido á vuestras majestades me permitan ir á Roma á cumplir otras peregrinaciones.»

Se embarcó Diego Mendez con su camarada español y sus seis indios, y partió costeando hacia el Oriente. Este viaje era fatigoso. Tenia que abrirse camino contra fortísimas corrientes. Una vez los rodearon muchas canoas indias, pero pudieron escapar y llegar al fin de la isla, á una distancia de treinta y cuatro leguas del puerto. Allí permanecieron esperando que hubiese calma para aventurarse á entrar en el ancho golfo, cuando se vieron repentinamente rodeados y hechos prisioneros por una multitud de indios que los llevaron á tres leguas de distancia, donde determinaron darles muerte. Sobrevino entre los indios una disputa sobre los despojos de los españoles; pero al fin determinaron decidir la cuestión con un juego de azar. Mientras estaban en él ocupados, se escapó Diego Mendez, y pudo llegar hasta su canoa y tomarla, y volvió solo al puerto, despues de quince dias de ausencia. No dice lo que sucedió á sus compañeros; pues rara vez hablaba mas que de sí mismo.

Colon, aunque apesadumbrado por el mal éxito de su mensaje, se alegró de que hubiese escapado de la muerte el fiel Mendez. Pero este, lejos de estar desanimado por los trabajos y peligros que habia sufrido, se ofreció á acometer por segunda vez su empresa, si alguien queria acompañarlo al fin de la isla, y defenderlo de los indios, se ofreció á hacerlo el Adelantado con una partida bien armada. Bartolomé Fiasco, genoves, que habia sido capitán de una de las carabelas, se asoció con Mendez para la expedición segunda. Era hombre de mucho mérito y muy adicto al Almirante. Cada uno llevaba á su mando una grande canoa con seis españoles y diez indios, los últimos como remeros. Iban juntas las canoas. Al llegar á Española, debía Fiasco volver inmediatamente á Jamaica para sacar de ansiedad á los españoles que quedaban con las noticias de haber llegado el mensajero. Entre tanto debía Diego Mendez pasar á Santo

Domingo, entregar sus despachos á Ovando, procurarse un bajel y mandarlo á Jamaica, y seguir luego á España con la carta para los soberanos.

Hechos los preparativos necesarios, pusieron los indios en las canoas su frugal provision de pan de cañaba, y una calabaza de agua por individuo. Lo españoles, ademas del pan, llevaban carne de utia, y cada uno su espada y su rodeja. Así se lanzaron al mar en aquel largo y peligroso viaje, acompañados de las plegarias y oraciones de sus compatriotas.

El Adelantado se mantuvo á vista de las canoas con su partida de combatientes. No intentaron los indios molestarlos, y llegaron seguros al extremo de la isla. Allí permanecieron tres dias, aguardando que el mar estuviera en calma. Al fin se serenó el tiempo, se despidieron de sus camaradas y se entregaron á las olas resueltamente. El Adelantado siguió observándolos hasta que parecian diminutos puntos en el Océano, y la noche los envolvió en sus tinieblas. Al otro dia volvió el Adelantado al puerto, deteniéndose por el camino en varios lugares, y esforzándose en confirmar la buena voluntad de los indios.

CAPITULO II.

MOTIN DE PORRAS. (1503.)

La mala fortuna que por tanto tiempo habia perseguido á Colon no estaba aun cansada. En el colmo de la desdicha sirve de consuelo el considerar que, pues no es posible estar peor, se mejorará la suerte. La envidia, desalentada un tiempo por la gloria y prosperidad de Colon, apenas hubiera podido darle mas miserable asilo en el mundo que él mismo habia descubierto; habitante de un buque naufrago en un desierto Océano, á la merced de hordas bárbaras, que en un momento, de precarios amigos, podrian convertirse en enemigo feroces; afligido ademas en su lecho por los agudos dolores y enfermedades con que los trabajos é agridud oprimian sus cansados años. Pero Colon no habia agotado aun cáliz de la margura. Aun le quedaba que experimentar un mal peor que las tormentas, el naufragio, los dolores del cuerpo ó la violencia de las hordas salvajes, la perfidia de aquellos en quienes mas confiaba.

Mo habia mucho que Mendez y Fiasco habian partido, cuando empezaron á enfermar, ya por falta del acostumbrado alimento, ya por los trabajos del último viaje, ya por estar todos encerrados en tan estrecha vivienda en un clima húmedo y caloroso, los españoles á bordo de sues despedazados buques, porque no podian habituarse al alimento de los indios, compuesto por lo comun de vegetales. Acostumbrados á una vida bulliciosa, en nada se ocupaban entonces mas que en pasear por el solitario casco, mirar al mar y ver si descubrian la canoa de Fiasco. Largo tiempo habia trascurrido, mucho mas del que era necesario para el viaje; pero nada se supo de la canoa. Empezó á temerse que los mensajeros habrian perecido. En este caso ¿hasta cuándo permanecerian allí los españoles esperando un socorro que no habia de llegar nunca? Algunos se abatieron del todo; otros se hicieron discolos é impacientes. Empezaron las murmuraciones; y como suele acontecer en las desgracias, murmuraciones de las mas absurdas. En vez de simpatizar con su anciano y enfermo comandante, que se veía envuelto en la misma calamidad que todos, y cuyos sufrimientos á los de todos excedian, y que sin embargo estudiaba incessantemente su bien estar, empezaron á conspirar contra él, como única causa de todos sus infortunios.

Los sentimientos facciosos de la multitud, serian de poca importancia abandonados á sí mismos, si la perfidia de uno ó dos espíritus perversos no los dirigiese á un objeto. Entre los oficiales de Colon habia

dos hermanos, Francisco y Diego de Porras. Estaban relacionados con el tesorero, real Morales, que habia casado con hermana suya, é interesábase con el Almirante para que les diese empleo en la expedición. Habia Colon hecho, por complacer al tesorero, capitán de una de las carabelas á Francisco de Porras, y escribano y contador general de la escuadra á su hermano Diego. Los habia tratado, segun él mismo dice, con la bondad que se usa entre parientes, aunque ambos manifestaron insuficiencia para llenar las funciones de sus respectivos empleos. Eran vanos é insolentes; y como otros muchos á quienes Colon habia favorecido, pagaron sus beneficios con la mas negra ingratitud.

Estos hombres, viendo la gente vulgar impaciente soplaron el incendio con sus sediciosas insinuaciones. Les aseguraron que eran vanas todas sus esperanzas de socorro por medio de la agencia de Mendez. Eran estas meras ilusiones creadas por el Almirante para tenerlos sujetos, y servirse de ellos en sus designios. No tenia deseo ni intencion de volver á España, de donde se hallaba desterrado. Española le estaba tambien cerada, como se habia visto por la exclusion de los bajeles del puerto en tiempo de peligro. Para él eran todos los sitios lo mismo, y tenia que contentarse con permanecer en Jamaica, hasta que sus partidarios adquiriesen suficiente influjo en la corte para hacerle levantar el destierro. En cuanto á Mendez y Fiasco, Colon los habia enviado á España á sus asuntos particulares, y no á que procurasen buques para el socorro de sus compañeros. Si así no fuese ¿por qué no llegaban los bajeles, ó volvía Fiasco, como habia prometido? Y si las canoas fueron en efecto á pedir socorro, el mucho tiempo que habia pasado sin tener noticias de ellas, daba á entender que habrian perecido. En tal caso su sola alternativa seria tomar las canoas de los indios, y hacer un esfuerzo para ir á Española. Pero no habia esperanza de persuadir al Almirante á tal empresa era demasiado anciano, estaba demasiado enfermo para esponerse á los trabajos de semejante viaje. ¿Deberian, pues, ellos sacrificarse á sus intereses ó sus enfermedades? ¿Resignar el solo medio de salvarse que tenían, y permanecer y morir en las desoladas reliquias del naufragio? Si podian llegar á Española, se les recibiría aun mejor que por otra razon alguna por la de haber abandonado al Almirante. Ovando le tenia enemistad secreta, temeroso de que otra vez obtuviese el gobierno de la isla: cuando llegasen a España, el obispo Fonseca, por su enemistad á Colon, los protegería; los hermanos Porras tenian poderosos amigos y parientes en la corte, que desvirtuirian las quejas del Almirante; y citaban el caso de la rebelion de Roldan para probar que las preocupaciones del público y de la gente poderosa estarian siempre contra él. Pasaban mas adelante é insinuaban que los soberanos que entonces le habian privado de partes de sus dignidades y privilegios, se alegrarian de tener un pretexto para arrancarle las que le quedaban.

Sabia Colon que estaban los ánimos exasperados contra él. Se le habia repetidas veces tratado con insolente impaciencia, y acusado de ser causa de sus desastres. Acostumbrado, empero, á las injusticias de los hombres, se contentó con aplacar su irritación y lisongear sus esperanzas con la de un pronto socorro. Confiaba en ver volver á Fiasco con buenas nuevas, y la certeza de socorro acabaria entonces todos los clamores. El mal era, empero, más profundo de lo que él se imaginaba; y se organizó entre sus gentes un verdadero motin.

El 2 de enero de 1504 estaba Colon en el reducido caramote de la popa de su buque y en cama, con los dolores de la gota. Mientras pensaba en su infausta situación, entró rápidamente Francisco de Porras. Sus modales y agitación manifestaban una intencion

sinistra. Con el descaro del hombre que va á perpetrar públicamente un crimen, rompió en amargas quejas de que se les tuviese así semanas y meses enteros, sujetos á parecer, y acusó al Almirante de que no querran volver á España. Colon mantuvo su acostumbrada calma, é incorporándose en la cama, quiso racionar con Porras. Le manifestó la imposibilidad de partir hasta que de Española les enviase bajeles. Le hizo ver cuánto mayor debía ser su deseo de salir de allí pues no estaba obligado solo á mirar por su propia seguridad personal, sino que tenía que responder á Dios y á sus soberanos de la suerte de todos los que le estaban confiados. Recordó á Porras, que siempre había consultado con todas sus gentes cuantas medidas tenían por objeto la seguridad comun, y que todas sus operaciones habían merecido la aprobación general; pero si algo quedaba por hacer, si cualquiera otra providencia parecía conveniente, aconsejó que se juntasen los interesados, y adoptasen lo que creyesen mas juicioso.

Por las medidas de Porras y sus compañeros su habian ya concertado, y los hombres resueltos á amotinarse son sordos á la razon. Replicó Porras groseramente, que no habia ya tiempo para mas consultas: *embarcarse inmediatamente, ó quedarse con Dios, eran las solas alternativas. Por mi parte*, dijo volviendo al Almirante la espalda, y levantando la voz de modo que resonase por todo el buque, *¡yo estoy por Castilla! los que quieran pueden seguirme*. Inmediatamente se oyó gritar por todas partes: *¡Yo os sigo! ¡y yo! ¡y yo!* Muchos marineros se presentaron en el buque blandiendo armas y mezclando las amenazas con los gritos de rebelion. Unos pedian á Porras órdenes de lo que habian de hacer otros gritaban *¡A Castilla! ¡A Castilla!* mientras en el general tumulto se oyeron las voces de algunos desesperados amenazar la vida del Almirante.

Colon oyendo la gritería, saltó de su lecho, enfermo é impedido cual estaba, y vacilando hasta salir del camarote, y tropezando y cayendo en aquel esfuerzo, esperaba apaciguar los amotinados con su presencia. Pero tres ó cuatro hombres fieles, temiendo alguna violencia, se arrojaron entre él y la chusma, le tomaron en brazos y le obligaron á volver al camarote.

El Adelantado tambien habia salido, pero de diferente modo. Se habia situado, con una lanza en la mano, en posición en que podia resirtir solo el asalto. Algunos de los leales apaciguaron con la mayor dificultad su furia, y le persuadieron á dejar su arma y pasar al camarote de su hermano. Despues suplicaron los mismos á Porras y sus compañeros partiesen en paz, pues nadie se les oponia. Nada esperaban ganar con la violencia; pero si causaran la muerte del Almirante, se atraerian el mas severo castigo de los soberanos.

Moderada la turbulencia de los facciosos, procedieron estos desde luego á la ejecucion de sus planes. Apoderándose de diez canoas que habia comprado el Almirante á los indios, se embarcaron en ellas con tanta alegría como si estuviesen ciertos de desembarcar poco despues en las costas de España. Otros, que no habian tenido parte en el motin; viendo despedirse á tanta gente, y temerosos de quedarse en tierra con tan poca, reunieron precipitadamente sus efectos, y entraron tambien en las canoas. Cuarenta y ocho hombres abandonaron al Almirante. Las enfermedades detuvieron á muchos de los que quedaban; pero si hubiesen estado buenos, los mas se hubieran ido con los desertores. Los pocos que permanecieron fieles al Almirante, y los enfermos que salieron arastrándose de sus camarotes, vieron la partida de los rebeldes con lágrimas y lamentos, considerándose ya perdidos. A pesar de su enfermedad, salió Colon de la cama, habló á los leales, visitó á los enfermos,

hizo toda clase de esfuerzos para consolarlos. Les pidió pusiesen en Dios confianza, que él los aliviaria; y les prometió á su vuelta á España arrojarle á los pies de la reina, y obtener para ellos premios que compesaran todos sus padecimientos.

Entre tanto Francisco de Porras y sus compañeros salieron en la escuadra de canoas que habian formado, y costeano la isla hacia el Oriente, siguieron el derrotero de Mendez y Fiesco. Donde quiera que desembarcaban cometian las mayores injusticias y ultrajes contra los indios, robándolos sus provisiones y los efectos que apetecian. Quisieron que redundasen sus crímenes en perjuicio de Colon, pretendiendo obrar por su autoridad, y asegurando que él pagaria lo que ellos tomaban: si rehusaba hacerlo, aconsejaban á los naturales que le matasen. Le pintaban implacable enemigo de los indios, tirano de las otras islas, á cuyos habitantes habia reducido á la miseria y dado la muerte, y que buscaba solo adquirir allí poderío para causar calamidades semejantes.

Habiendo llegado á la extremidad oriental de la isla, esperaron á que se calmase el tiempo antes de entrar en el golfo. Como no eran diestros en el manejo de las canoas, buscaron indios que los acompañasen. La mar se sosegó al fin, y comenzaron su viaje. Apenas estarian á cuatro leguas de tierra, se levantó un viento contrario, y empezaron á agitarse las ondas. Las canoas por su ligera estructura, y ser las quillas casi redondas, se volcaban fácilmente y exigian cuidadoso manejo y equilibrio. Iban entonces demasiado cargadas y por gente que no sabia usarlas; y al levantarse las ondas, frecuentemente entraba el agua en ellas. Temieron los españoles, y quisieron aligerarlas arrojando al mar cuanto no era absolutamente necesario; solo conservaron, pues, las armas y parte de las provisiones. El peligro aumentaba con el viento. Forzaron á arrojarle al agua á todos los indios que no iban ocupados remando. Si vacilaban los hacian obedecer con el filo de las espadas. Eran los indios diestros nadadores, pero estaba la tierra demasiado lejos para su fuerza. Se mantenian, pues, cerca de las canoas, agarrándose alguna vez á ellas para descansar y tomar aliento. Como su peso desarreglaba el equilibrio de las canoas, y las ponía en peligro, les cortaban los españoles las manos, y los herian con las espadas. Algunos murieron de este modo; otros se sumergian desfallecidos debajo de las ondas. así finaron miserablemente diez y ocho, y no sobrevivieron mas que los remeros de las canoas.

Cuando volvieron los españoles á tierra se agitaron entre ellos varias opiniones. Algunos eran de dictamen de cruzar á Cuba, para cuya isla habia viento favorable. De allí pensaban les fuese fácil pasar á la extremidad de Española. Otros aconsejaron volver al puerto y hacer las paces con el Almirante, ó quitarle las armas y víveres que le quedaban, habiéndole arrojado al mar los suyos en el pasado peligro. Otros aconsejaron intentar de nuevo el viaje de Española, cuando el mar se tranquilizase.

Se adoptó el último parecer. Un mes permanecieron en una poblacion india, cerca del extremo oriental de la isla, viviendo de la sustancia de los naturales, y tratándolos del modo mas arbitrario. Cuando al fin se serenó el tiempo, acometieron segunda vez su empresa pero tambien fueron rechazados por vientos contrarios. Perdiendo ya la paciencia, y desesperando de lograr su deseo, abandonaron las canoas, y volvieron hacia el Occidente, vagando de poblacion en poblacion, disoluta y feroz gavilla que vivia por medios licitos ó criminales, segun era recibida, y pasó como una plaga por la isla.

CAPITULO III.

ESCASEZ DE PROVISIONES. — EXTRATAGEMA DE COLÓN PARA OBTENER VÍVERES DE LOS NATURALES.

(1504.)

MIENTRAS erraban Porras y su chusma con aquel desesperado y triste desenfreno, consiguiendo al abandono de los justos principios, presentaba Colon la opuesta pintura de un hombre sustentado por la rectitud de su conciencia, y por su lealtad hacia los otros y hacia sí mismo. Cuando vió partir la gavilla que se llevaba consigo la porcion vigorosa y sana de su gente, se esforzó en animar á los enfermos y decaídos de espíritu que con él quedaban. Pocos de ellos podian manejar las armas en caso de un ataque, y ninguno dispensarse del cuidado de los enfermos y guardia de los buques, para salir en busca de provisiones. Desentendiéndose de sus agudas enfermedades, se ocupaba solamente de las de los otros. Por medio de una invariable buena fé y amistosa conducta hacia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, se procuró de cuando en cuando considerables cantidades de víveres. Los mas apetitosos y nutritivos de estos, como tambien alguna poca de galleta europea que aun habia á bordo, los reservó para la manutencion de los enfermos. Sabiendo cuánto afectan al cuerpo las operaciones del ánimo, se ocupaba en estimular el espíritu y alimentar las esperanzas de los abatidos pacientes. Ocultando, pues, su propia ansiedad, mantenía un semblante sereno, animando á su gente con palabras bondadosas, é infundiéndoles esperanzas de pronto socorro. Con este trato atento y amistoso restableció Colon la salud y alegría de sus compañeros, y los puso á todos en estado de poder contribuir á la seguridad comun. Reglamentos juiciosos, pacífica pero firmemente mantenidos, conservaron todas las cosas en orden. Todos comprendieron las ventajas de una saludable disciplina, y que las restricciones que su comandante les imponía eran para su propio bien.

Así logró Colon prevenir los males internos que amagaban á su pequeña comunidad, cuando males gravísimos empezaron á amenazar del exterior. Como los indios no estaban acostumbrados á acopiar provisiones, y eran enemigos de sujetarse á ningún trabajo extraordinario, hallaron difícil la provision del alimento diario que tantos hombres hambrientos requerian. Los dijes europeos, una vez tan preciosos, perdian su valor á proporción que se hacian mas comunes. La importancia del Almirante disminuyó mucho á sus ojos por la desercion de tantos españoles; y las insinuaciones malignas de los rebeldes habian encendido contra él los celos y enemistad de varias poblaciones que acostumbraban á suministrarle víveres.

Empezaron, pues, á faltar las provisiones. Los contratos concluidos por Diego Mendez para la entrega diaria de ciertas cantidades de ellas, no se observaban ya con regularidad, y al fin cesaron del todo. Ya no se llenaba el puerto de indios cargados de provisiones, y con frecuencia rehusaban darlas cuando se les pedian. Forrageaban los españoles por las cercanías en busca de sustento; pero cada vez hallaban mayor dificultad en encontrarlo.

Oía el Almirante los tristes presagios de su gente, y veía acrecentarse el mal sin percibir ningún remedio. La fuerza era un medio lleno de peligros y de pasagera eficacia. Se necesitarian para una salida todos los que estaban suficientemente robustos para tomar las armas, y él y los otros enfermos se quedarían sin defensa á bordo, expuestos á la veaganza de los naturales.

Entre tanto se aumentaba la escasez, conocieron los indios la necesidad de los blancos, y habian aprendido de ellos el arte de regatear. Pedian el décuplo de los efectos europeos que anteriormente exigian; y traían

las provisiones en muy cortas cantidades para excitar el deseo de los hambrientos españoles. Al fin cesó hasta este corto alivio, y empezaron los desastres de una hambre absoluta. Parece que Porras y su gente habian encendido por toda la isla la enemistad de los indios, que retenian sus provisiones, con la esperanza de hacer perecer de necesidad al Almirante y su gente, ó de hacerlos salir de la isla.

En este estado concibió repentinamente Colon una idea afortunada. Con sus muchos conocimientos astronómicos calculó que en tres dias habria un eclipse total de luna en la primera parte de la noche. Envió, pues, un indio de Española que le servia de intérprete á llamar á los principales caciques de la isla á una grande conferencia, señalando para ella el dia del eclipse. Cuando estaban todos juntos les dijo por medio de su intérprete, que él y sus compañeros eran adoradores de una deidad que vivía en los cielos. Que esta deidad favorecia á los que obraban bien, pero castigaba á todos los pecadores. Que como ellos podian todos haber visto, habia protegido el verdadero Dios en su viaje á los que fueron con Diego Mendez, porque iban en obediencia de las órdenes de su gefe; pero que por otro lado habia herido á Porras y sus compañeros con toda clase de aflicciones, á consecuencia de su rebelion. Que esta grande deidad estaba indignada contra los indios que habian rehusado ó descuidaban proveer á sus fieles adoradores de comestibles, y queria por lo tanto castigarlos con hambre y pestilencia. Para que creyesen aquel aviso, se daría aquella misma noche una señal en los cielos. La luna mudaría de color y perdería su luz, anunciando el espantoso castigo que les esperaba.

Muchos indios quedaron amedrantados á la solemnidad de esta prediccion; otros se burlaron de ella; todos empero, aguardaban solícitos la venida de la noche. Cuando vieron, en efecto, que una sombra oscura se derramaba por la luna, empezaron á temblar. Creció el terror con los progresos del eclipse, y al ver las tinieblas misteriosas que cubrieron la faz de la naturaleza, no tuvo límites su espanto. Se apoderaron de las provisiones que pudieron, apresurándose en entregarlas á los buques en medio de gritos y lamentaciones. Se arrojaron á los pies de Colon, implorando de él intercediese con Dios para que suspendiera sus iras, y asegurándole que en lo sucesivo le darian cuanto se les pidiese. Colon les contestó que se retiraría á comunicar con la deidad. Se encerró en su camarote, y permaneció en él durante el aumento del eclipse, mientras las selvas y playas resonaban con los alaridos y súplicas de los salvajes. Cuando iba el eclipse á disminuir, se presentó de nuevo á los indios, y les dijo que habia intercedido por ellos con su Dios; quien bajo condicion de que cumpliesen sus promesas se habia dignado perdonarlos; en señal de lo cual se disiparian las tinieblas de la luna.

Cuando vieron los indios recobrar aquel planeta su brillantez primitiva, llenaron al Almirante de agradecimiento por su intercesion, y volvieron á sus casas gozosos de haberse conjurado tan grandes desastres. Miraron á Colon desde entonces con temor y reverencia, como hombre que gozaba del favor y confianza particular de la divinidad, pues que sabia en la tierra lo que habia de pasar en los cielos. Quisieron entonces hacérselo propicio con dones; de nuevo empezaron á abundar los víveres en el puerto, no hubo en lo sucesivo falta de provisiones.

CAPITULO IV.

MISION DE DIEGO DE ESCOBAR AL ALMIRANTE.

(1504.)

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Mendez y Fiesco, y aun no se tenian noticias de ellos. Por mucho tiempo habian observado los españoles el